

# La Gran Misión del Reino del Compartir

Una aventura sobre  
la división justa y la amistad



La Gran Misión del Reino del  
Compartir

MA. CELIA ANGELICA PEREZ LUNA

• Aprender a compartir es construir un reino más feliz. •



La maestra Sofía entra a un salón de clases sumido en el caos absoluto, donde treinta pequeños duendecillos corren, saltan sobre las mesas y lanzan aviones de papel por los aires. Con una sonrisa paciente y un gran libro bajo el brazo, ella observa el desorden, lista para transformar el revuelo en una gran aventura.



Sofía camina hacia el pizarrón y dibuja un enorme y brillante pastel de fresas que capta de inmediato la atención de los treinta duendecillos, quienes dejan de correr y se acercan con los ojos abiertos por la curiosidad. El silencio se apodera del aula mientras todos se preguntan cómo lograrán probar un trozo de ese delicioso postre.



Para comenzar el juego, la maestra Sofía saca de una caja mágica treinta brillantes manzanas rojas y les explica que el gran reto del día es repartirlas en partes exactamente iguales. Los duendecillos se miran entre sí confundidos, murmurando que ellos no se saben las difíciles tablas de multiplicar y que es una misión imposible.



Con voz dulce, Sofía les dice que no necesitan memorizar números para ser justos, y los invita a formar tres grandes círculos de diez duendecillos cada uno en el suelo. Los niños se mueven entusiasmados, tomándose de las manos y descubriendo por primera vez el orden en medio de su habitual desorden.



La maestra entrega un montón de bloques de colores a los líderes de cada grupo y les propone repartirlos uno a uno, como si dieran cartas en un juego de magia. Los duendecillos empiezan a pasar los bloques con cuidado, observando con asombro cómo los montones se vuelven iguales de forma natural y divertida.



Un duendecillo travieso intenta quedarse con más bloques que los demás, pero al ver que su grupo ya no puede jugar en armonía, comprende la importancia de la equidad. Con una sonrisa arrepentida, devuelve el bloque sobrante a su compañero, entendiendo que la división es el arte de compartir con justicia.



Sofía dibuja en el pizarrón el signo de la división rodeado de estrellas doradas, explicándoles que ese símbolo es una llave mágica para que nadie se quede sin su parte. Los treinta alumnos miran la pizarra fascinados, perdiéndole el miedo a las matemáticas al verlas como un juego de generosidad.



Guiados por la maestra, los niños resuelven juntos un gran acertijo numérico en la pared usando dibujos de frutas y juguetes en lugar de números abstractos. El salón se llena de risas y exclamaciones de alegría cada vez que logran repartir los elementos de manera perfecta.



Al final de la tarde, los treinta duendecillos trabajan en absoluto orden y compañerismo, compartiendo sus lápices de colores y ayudándose mutuamente a resolver los últimos desafíos. La indisciplina ha desaparecido, transformada en una hermosa energía de cooperación y entusiasmo por aprender.



La maestra Sofía observa con orgullo su salón de clases ahora armonioso, donde los treinta alumnos celebran su victoria matemática con un gran abrazo colectivo. En la pizarra queda escrito el gran descubrimiento del día: dividir no es restar, sino aprender a compartir de forma justa con el corazón.